

# De hechos e ilusiones

## Fernando del Paso, el reflejo de una voz

---

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ

---

### 1. La conferencia

En agosto de 1968, el novel escritor Fernando del Paso (Ciudad de México, 1935) fue invitado por la Coordinación de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes a participar en el ciclo “Los narradores ante el público”. Poco mayor de treinta años, Del Paso había publicado un libro de versos, *Sonetos de amor y de lo diario* (1958), así como *José Trigo* (1966), una brillante novela que abordaba las circunstancias y lucha de los ferrocarrileros en la zona de Nonoalco Tlatelolco y la del frente de la Guerra Cristera establecido en Colima. Influída por Juan Rulfo y por los escritores franceses del *Nouveau Roman* (Nueva novela francesa), su primera obra de largo aliento se desarrolla en una suerte de anillo de Moëbius, cuyo final completa el inicio y viceversa; asimismo, su lenguaje y riqueza verbal, influidos por los poetas de la Generación del 27, habían dejado estupefacta a parte de la crítica, quienes veían en Fernando del Paso un narrador lleno de recursos que ya empezaba a destacar entre los jóvenes de su generación. En el año de 1966, *José Trigo* sería acreedor del Premio Xavier Villaurrutia de escritores para escritores, de esta manera, Del Paso recibía un espaldarazo a su carrera, igual que lo habían recibido autores como Juan Rulfo, Octavio Paz, Salvador Elizondo, Elena Garro y Juan José Arreola.

Evidentemente, este joven escritor, quien por su edad estaba en lo que Dante llamaba “*nel mezzo del cammin di nostra vita*”, es decir: treinta y cinco años, ya contaba con el palmarés que lo hacía digno para tratar sobre su vida y obra en público. Sin embargo, la conferencia fue toda una sorpresa, algo que rebasaría por mucho las expectativas del —al parecer reducido— público asistente y de cualquiera que pueda conocer *a posteriori* el contenido y desarrollo de ésta. Para sorpresa de muchos, el autor de *José Trigo* leyó un texto a caballo entre la autoficción y el relato fantástico biográfico, en el cual podemos conocer *in nuce* lo que desarrollaría ulteriormente en *Palinuro de México*, de 1977, ¡nueve años después!

A manera de biografía ficcionada, Del Paso recorre la historia de su abuelo, antaño gobernador de Tamaulipas pero hoy señorón venido a menos,<sup>1</sup> describe la situación familiar, nada favorable económicamente y relata los percances físicos y de salud que tuvo que pasar su madre para que él naciera. A la manera del protagonista de *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, rememora las circunstancias que no pudo conocer sino de segunda mano. Como señala en la conferencia, apenas él mismo podría decir qué cosas son

reales y cuáles producto de la invención. De cualquier modo, no es imprescindible escudriñar qué sucedió y qué no, lo relevante sería reconocer que todas son verdades literarias, logros de la imaginación que pueden nutrirse de cualquier anécdota trascendente o incluso de las nimias para motivar la creación. Quizá lo que yo rescataría es la manera en que ya estaba en él un rasgo literario que después se desplegaría, obviamente, en *Palinuro de México* y en *Noticias del Imperio*, de 1987, la capacidad de llevar la imaginación a grados realmente estratosféricos y la posesión de una fuerza poética notable.

De manera paralela a esto, estaba latente el riesgo de que estas páginas pergeñadas no llegaran a materializarse en una novela, lo cual angustiaba a Del Paso, quien lo externó y de algún modo lo abordó tangencialmente con respecto a un autor que había recibido algunas críticas por sólo haber entregado dos libros de arte mayor, Juan Rulfo. Del Paso aprovecha la oportunidad y agarra al toro por los cuernos para responder algunas críticas o alusiones contra autores que no han escrito más libros, y él mismo señala que el escritor no tiene compromiso con nadie para seguir escribiendo libros, páginas o línea alguna:

No existe el pintor que tuvo talento para serlo, y no lo fue por pereza o por mala suerte, no existe el escritor que tuvo el talento para hacer otro segundo buen libro y no lo hizo porque lo hundió el elogio o la crítica. El talento es más que la capacidad o la vocación para hacer las cosas, el talento es principalmente voluntad y soberbia y, más que nada, fatalidad.

De tal modo que Del Paso pide “cuartel para su amigo”, se abre de capa ante el público de la sala Manuel M. Ponce y admite que lo angustia saber que el éxito de *José Trigo* podría inmovilizar su trabajo creativo. Esto no es sino un loable acto de modestia y humildad al asumir que respecto a su talento y esfuerzo aún nada estaba dicho. Por lo cual, al conocer esta conferencia se abren numerosas posibilidades, una de ellas es que el hecho de tener que hablar de “su vida” —como se lo pidieron— pudiera haber sido lo que desencadenara la creatividad al provocar una búsqueda en el seno familiar (¿o materno?) y propiciara esta fantástica autoficción que desembocaría en las más de seiscientas páginas de *Palinuro de México*.

### 2. El hombre es el hijo del niño

Del mismo modo que varios autores canónicos, como Marcel Proust, Antón Chejov, James Joyce, William Faulkner, Thomas Bernhard, Gabriel García Márquez, Pierre Michon y algunos más jóvenes como Guillermo Fadanelli, Fernando del Paso regresa a la infancia para recuperar la mirada del niño que fue, y así retomar un espacio donde la consciencia capta todo con ojos y oídos nuevos, donde el asombro es acezante y la vida y costumbres dependen de un conjunto de decisiones ajenas. De hecho, una vez más, gracias a la conferencia de marras, podemos observar las enfermedades que aquejaban al

---

<sup>1</sup> Fernando del Paso, *Palinuro de México*, 1ª reimpresión, 2015, México, FCE, p. 12. (Letras Mexicanas)



pequeño Fernando, que únicamente obtenía alivio frente a los libros prestados por un tío, cuya casa estaba situada frente al Zoológico de Chapultepec, cuyas aventuras creadas por Emilio Salgari o Alexandre Dumas, lo dotaron de un espacio del que ya nunca saldría, el de la fantasía literaria.

Por otra parte, según lo narrado en *Bajo la sombra de la Historia*, otra fuente biográfica, Fernando del Paso, apenas siendo un niño, fue testigo de las discusiones de sobremesa entre su abuelo, José Morante, tres tíos políticos, el checo Armando Steiner, el inglés Raymond Kirwin y el judío de origen húngaro, Zoltan Mester —quien se convirtiera en “el personaje más fascinante de mi infancia”.<sup>2</sup> Sentados a la mesa, aquellos lobos de mar —quizá acompañados del padre de Fernando (Fernando del Paso Carrara), un hombre muy inclinado al lado estadounidense— departían, mientras tomaban un digestivo y fumaban puros, a la par que relataban algunos episodios de la Gran Guerra, también conocida como Primera Guerra Mundial, y que mezclaban con el Segundo Armisticio. Una vez más, *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, se hace presente en *Palinuro* y en estas discusiones que animan al niño a imaginar los pasajes épicos que sus mayores solapaban de la manera más apasionante. Zoltan Mester causaría una impresión tan fuerte en Fernando que éste lo volvería uno de los personajes principales de *Palinuro de México*, el tío Esteban, nombre elegido en honor del santo patrono de Hungría.<sup>3</sup>

2 Fernando del Paso, “II La guerra era una fiesta” en *Bajo la sombra de la Historia. Ensayos sobre el islam y el judaísmo*. Volumen I, México, FCE, pp. 65-68.

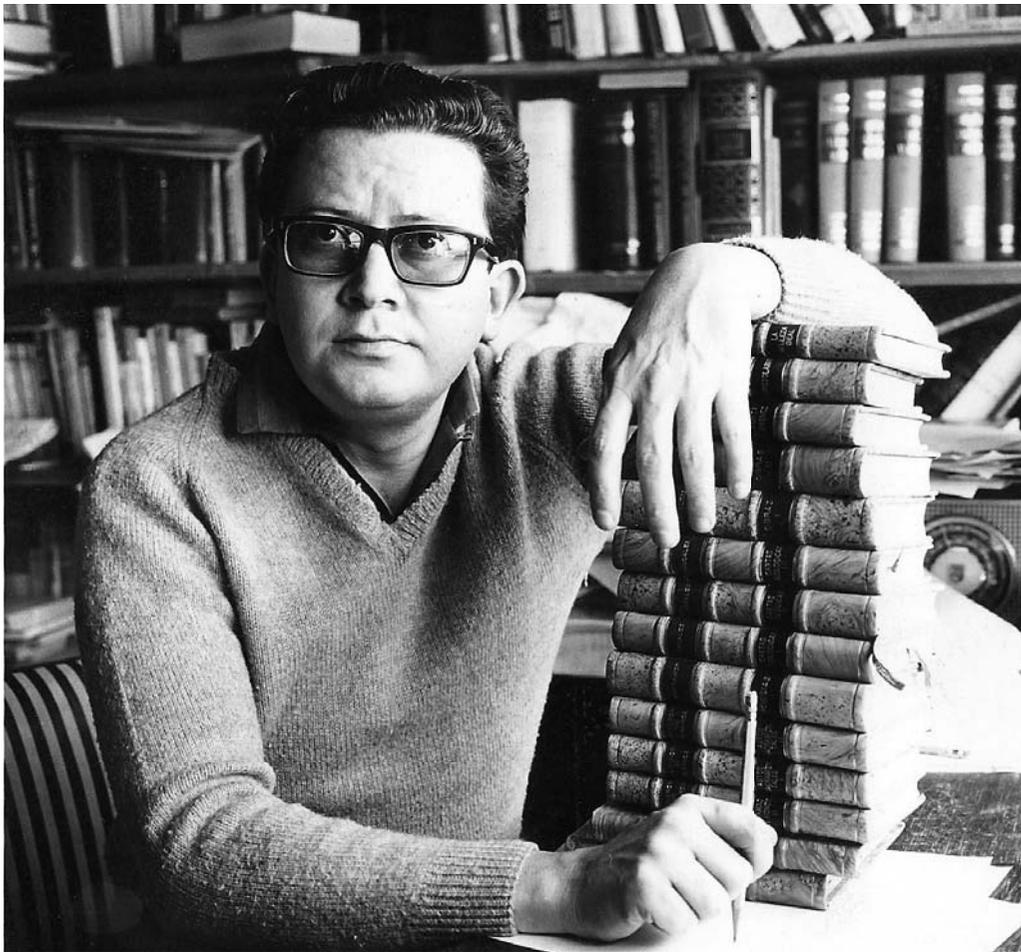
3 Ángel Ortuño, “Fernando del Paso, el imperio del idioma” en *De paso por la vida. Homenaje a Fernando del Paso, Premio Cervantes*, coords. Paulina del Paso y Jesús Cañete Ochoa, varios autores. Alcalá, Ministerio de Educación Cultura y Deporte-Universidad de Alcalá-Santander Universidades, 2016, pp. 51-52.

Tal como señala Del Paso, antes de que él naciera, su madre había tenido un embarazo que se malogró, sin embargo, ese accidente sería asimilado por el hermano vivo de una forma profunda y trascendente. “Yo soy mi hermano menor”, señala en su discurso (¿o excurso?), “Muchas veces pensé que yo era él y él era yo”. La presencia fantasmagórica o espiritual de su hermano no-nato (¿Nos podríamos figurar que el primogénito hubiera llevado el nombre de Fernando I?) alimentará su imaginación de manera crucial. Así lo narra en *Palinuro de México*:

Esa hemorragia, señora —le dijo el médico—, fue una eflujión. En otras palabras, usted expulsó el huevo fecundado, que aún no se había adherido al útero. En otra palabra más, fue un aborto. Pero si no me equivoco, usted quedó en condiciones de embarazarse de nuevo [...] Por eso fue mentira: toda esa paciencia, toda esa reserva ultrasolar de energías que mamá demostró tener, toda esa destreza para transformar el dolor en un cataplasma cordial, estaban, en verdad, dedicadas a Palinuro Primero, que jamás pasó de ser el óvulo descarriado de la familia y que fue relegado a un bote de basura, de manera que en realidad Palinuro fue concebido antes de serlo, y si bien inauguró la matriz de su madre no fue el primer hijo que ella tuvo en su seno, de modo que cuando nació, con el nombre de Palinuro Segundo, era, en realidad, su hermano menor.<sup>4</sup>

De tal manera fue trascendente que el joven escritor, que ya había publicado su primera novela, *José Trigo*, viviera varias cosas como el surgimiento de un tumor canceroso, para profundizar en la experiencia de acercarse al umbral que separa la vida de la muerte.

4 Fernando del Paso, 2015, *op. cit.*, pp. 374-375.



Los médicos le dijeron que “arreglara mis cosas (¿cuáles cosas?), por si a la calaca se le ocurría llevarme en unos meses”, dice Fernando del Paso en la conferencia. Afortunadamente, Del Paso salvó la vida gracias a unas radiaciones de cobalto que duraron siete meses. Durante su convalecencia en el hospital recibió la visita del poeta y traductor Francisco Cervantes, quien le regaló el libro *La tumba sin sosiego*, del crítico y ensayista inglés Cyril Connolly, el cual en su primera versión fue publicada con el pseudónimo de “*Palinurus*”. Aquí se encuentran las figuras de Del Paso y de Palinuro, ese joven marino cuyo destino es segado por la somnolencia que le influye el dios del sueño y lo hace caer de la nave de Eneas. Palinuro llega a nado a un arrecife, pero es confundido y asesinado por unos pobladores asaz violentos que arrojan su cuerpo entre las rompientes. Debido a este evento desafortunado el alma de Palinuro está condenada a morar volviéndose el emblema del desasosiego y la premura por esperar los juegos y exequias en su honor, o al menos tres puños de tierra a modo de sepultura. Tal como Tiresias es el ser dividido entre lo femenino y lo masculino; así como el minotauro, Asterión, es mitad hombre y mitad toro; del mismo modo que Aquiles es un semidiós; Palinuro es el ser mítico que permaneció en el umbral de la vida y la muerte: reflejo de Fernando del Paso y su hermano, imagen en el espejo herrumbrado de la memoria y el olvido.

No es difícil captar el parecido en la lectura que Del Paso lleva a cabo entre la memoria que guarda de su hermano mayor-menor. Por lo cual *Palinuro de México* disuelve-leviga la identidad de Del Paso/Palinuro o Palinuro/Del Paso para suscitar el fenómeno creativo, el diálogo de varias voces pero sobre todo dos voces, que ponen en juego un narrador bifron-

te. A la manera de Cervantes y Cide Hamete Benengeli<sup>5</sup> al narrar las aventuras y desventuras de aquel ingenioso caballero don Quijote de la Mancha, Del Paso cede la voz narrativa a Palinuro o al tío Esteban o sabe Dios a quién más, quizá hasta a su propio hermano mayor nonato:

Es muy difícil saber quién fue más importante para mí, si, Palinuro o Estefanía. Lo que es más, a veces no podría decir quién fue primero, a quien conocí desde siempre, quién se instaló en mi vida con sus palabras y sus ademanes antes que el otro y me pescó de un pie con la puerta para que no huyera y le contara al que llegó después los episodios, las señales y los amores luminosos de la historia del que llegó primero.<sup>6</sup>

Pero detengámonos un momento y pongámonos a pensar a qué nos llevaría imaginar que Palinuro y Del Paso sean un mismo ente desdoblado. Nos permitiría avizorar que para el futuro autor de *Noticias del Imperio* es fundamental la “mismidad”, en contraste con la tan citada “alteridad” u “otredad”. En la novela delpasiana es más importante explorar las posibilidades de ver la identidad y la mismidad que la alteridad y la diferencia. Ver una unidad que completamos todos y cada uno de nosotros, marcando un contraste con la idea concebida por

5 Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del Instituto Cervantes 1605-2005, dirigida por Francisco Rico, colab. Joaquín Forradellas y estudio preliminar de Fernando Lázaro Carreter, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores-Centro para la Edición de los Clásicos españoles, 2005.

6 Del Paso, 2015, *op. cit.*, p. 24.

Emmanuel Lévinas (Kaunas 1906-París 1995) —producto de su experiencia en el campo de concentración e influencia de la ética judía— de que la manera de concebir al semejante es sólo si lo pensamos como el Otro; idea que diagnostica de forma adecuada la renuencia obcecada de no considerarse del mismo modo, el rehuir a considerarse como similares, el rechazo a poder ser concebidos de la misma manera, la negación a mezclarse, a fundirse, que pervive en Europa o en Estados Unidos. Esa preferencia por mantener el aislamiento es la desafortunada base de los paralelismos culturales de un conjunto de pueblos —¡oh paradoja!— que comparten un origen común, el indoeuropeo.

De tal suerte que Lévinas concibe una complicada perifrasis incitando la ética entre la consciencia propia y “el otro”. De tal suerte que plantea la necesidad de querer entender “al otro” para lograr el diálogo, lo cual no está mal, sólo que descarta de origen la posibilidad de entenderlo desde nuestra propia identificación con él, uno se puede identificar con lo que es similar, cuyo origen humano trasciende los muros culturales o históricos. Concebir esta dinámica de querer aproximarse al otro da muchas vueltas innecesarias, pues hay una similitud en cada uno de nosotros. Ahora se habla en los coloquios de la alteridad apresuradamente, se pretende ser sofisticados filosóficamente, y se reflexiona sobre “el otro”, como si se tratara de una ley establecida y no sólo de una interesante hipótesis que hay que tomar en cuenta, pero no supeditar todo a ella. Se toma a la alteridad sin cuestionamientos y se asume que estamos frente a “otros”, entre extraños, y no entre similares, como sucede en realidad. Sobre todo se habla de otredad cuando los cimientos de nuestra cultura e historia son los mismos, cuando nuestro pasado prehispánico e hispánico viven en nuestra cultura y naciones. Las cuales se acentúan aún más si pensamos en Europa o Estados Unidos y su lamentable deseo por seguir separados entre ellos mismos. Lo cual me hace pensar en la posibilidad de que la concepción de que somos uno frente a los “otros” acarrea más errores que aciertos.

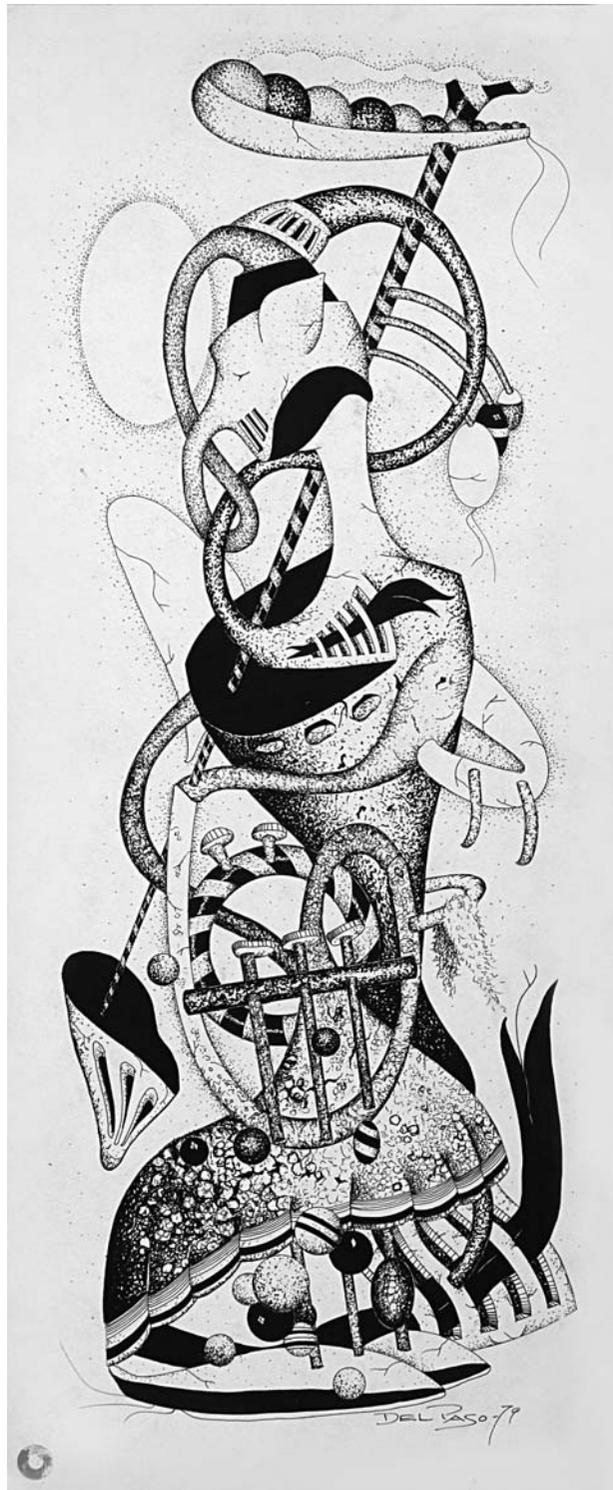
Creo ser realista, sé que es una incertidumbre el conocer cómo eran los pueblos prehispánicos con exactitud, sin embargo —como sugirió G. K. Chesterton acerca de los hombres medievales—, tal vez no podamos saber cómo eran los hombres de antaño, pero sí podemos saber cómo se concebían a sí mismos. Recuerdo que el recientemente desaparecido Hugh Thomas (Windsor 1931-Londres 2017), al comienzo de su libro *La conquista de México*, retoma una de las preguntas inexorables de este hito en la historia de Occidente: ¿Por qué los guerreros totonacos permitieron el desembarco de las naves españolas? ¿Cómo fue posible que no se plantearan una mínima resistencia por parte de un ejército que sabía combatir y que —de esto hay muestras— contaba con numerosas victorias en su palmarés? A lo que responde Thomas es que para los hombres en tierra el arribo de las naos les planteó la urgencia de alistar la acogida a la altura de las expectativas, porque su educación les indicaba que era una visita de alguien a quien consideraban un igual, no alguien distinto, no un “otro”. Ante la aparición en lontananza de las naves, los aztecas apuraron la recepción, se alistaron para ser hospitalarios, una de las manifestaciones más sofisticadas de la cultura universal. Si esto no muestra la inexistencia o ausencia de un sentimiento tan lejano como la otredad en nuestra cultura original no sabría decir qué lo sería.

En todo caso, en la consciencia totalizante de nuestro Palinuro detecto el vestigio de la cultura americana que es capaz de sentir y hacer suyo lo que un europeo tildaría de extraño. Para Palinuro hay una unidad que se retrata en sus palabras y en las palabras de los demás: no se trata de versiones inconexas, sino de versiones que pueden sintetizarse en una verdad común. Una versión que nace y muere constantemente por medio del diálogo, el relato y la sinfonía de voces que se disparan, entrecruzan y penetran en esta novela laberinto, novela rocambolesca, novela calidoscopio, pero sobre todo novela proteica.

### 3. La novela de la presencia

De acuerdo con lo que señala José Ortega y Gasset en sus *Ideas sobre la novela*, la novela del siglo xx se basa en las grandes presencias y en mundos perfectamente concebidos, a diferencia de la del xix que estaba poblada por aventuras, grandes peripecias y personajes fantásticos, es decir, esta novela colocaría a la consciencia en el centro de lo que ocurría. Ya no se trataría de que los protagonistas logren un cometido, sino de vivir la presencia del ambiente, del entorno en un mundo perfectamente bien fabulado. Sin duda, Ortega tenía en mente la forma en que se manifestaban las reminiscencias en *À la recherche du temps perdu*, de Marcel Proust, en la forma en que la consciencia fluía como un torrente en *Ulysses*, de James Joyce, en la forma en que el pensamiento filosófico se imbricaba con las sensaciones de un moribundo en *La muerte de Virgilio*, de Hermann Broch, o la manera en que las discusiones filosóficas mostraban la psique de personajes poseedores de una gran cultura como en *La Montaña mágica*, de Thomas Mann. No nos faltarán los ejemplos literarios de cómo se sucede la vida externa y vida interior de personajes como estos a lo largo del siglo xx. Bien, el caso de *Palinuro de México* está engarzado en esta tradición. La historia de Palinuro no es la de un protagonista que debe conquistar una guerra, ganar el amor ni salvar el pellejo, es la historia de un joven estudiante de medicina común y corriente que tal vez tiene un entorno peculiar debido a su familia, amigos y prima-amante, pero lo que realmente es importante en la novela (y que se vislumbra en la conferencia del 68) es la manera en que las cosas son dotadas de un significado especial por medio de la plasticidad del lenguaje, la erudición de la historia de la medicina y de la manera en que se estira a la fantasía y a la imaginación. *Palinuro de México* se vuelve por momentos un maravilloso catálogo de ejemplos y referencias sobre los detalles que han suscitado la evolución de la medicina, la forma en que se han hecho pruebas en animales para buscar medicamentos y tratamientos que salven vidas, la concepción y uso de utensilios quirúrgicos que en sí mismos pueden ser un manual de imágenes desde lo más sutil hasta lo más ominoso, y, sobre todo, Palinuro es una pieza perfectamente acabada de cuáles pueden ser los límites de la vida material del idioma, la forma en que la metáfora se vuelve un medio revelador de todo lo que puede decir el idioma, alejándolo así de su condición puramente utilitaria o de moneda corriente. Al terminar de leer, el lector tendrá consciencia de que, más que nosotros hablemos el lenguaje, el lenguaje *nos habla a nosotros*.

Fernando del Paso logra en esta obra, además de una experiencia literaria, una experiencia lingüística y, por ende, una



experiencia imaginativa. Uno de los aciertos que más hay que destacar es que concreta varios de los objetivos principalísimos que tenía James Joyce en toda su obra, pues el *Ulysses* es una tentativa de demostrar que el lenguaje no tiene límites (tal como demostró Fernando del Paso), que puede estar perfumado, como el heno recién cortado, o describir puntillosamente los elementos mecánicos de un cerradura,<sup>7</sup> así como referir mundos mitológicos de un capítulo a otro. Este comedido está presente tanto en uno solo de sus párrafos como en

<sup>7</sup> Richard Ellmann, *James Joyce*, trad. Enrique Castro y Beatriz Blanco, Barcelona, Anagrama, 2002. Ellmann relata el momento en que Joyce le mostró a su hermano Stanislaus un ejercicio que practicaba constantemente, el describir los accesorios y el funcionamiento exactos de una cerradura de manija.

la suma de sus más de seiscientas páginas, la poesía bulle así en la tesela como en el mural completo. El mundo de la consciencia, la materialidad del idioma, la procacidad de ciertas situaciones, el uso escatológico, el temperamento erótico, el diálogo erudito, la enumeración imaginativa, la divagación exhaustiva, el despliegue metafórico, el poder evocador de la palabra, la exactitud de la descripción y la creación de ambientes metatextuales, y muchos aspectos que ahora mismo se me escapan (porque el lenguaje siempre se nos escapa, ¿o dígame, por favor, don Fernando, si me equivoco?), son aspectos sobre los que se erigen obras de estas dimensiones. Y que, debido a esta conferencia excepcional, podemos imaginar ya se encontraba en ciernes un mago del lenguaje que para ese momento era Fernando del Paso a sus escasos 35 años de creación y vida.